

De próxima aparición en Alfa, revista de la
Asociación Andaluza de Filosofía, número
XXVI, 2011.

El ajedrez de la filosofía

Francisco José Fernández

Editorial Plaza y Valdés, Madrid 2010.

249 pp.

Para leer delante de un tablero

José Antonio de la Rubia Guijarro

Jose.A.Rubia@uv.es

Mientras esperábamos la hora de nuestra sesión de evaluación en la sala de profesores, una compañera de mi instituto me vio abrir el libro *El ajedrez de la filosofía* por la primera página. “Parece interesante”, me dijo, y añadió “¿pero no se debería titular al revés?”. “¿Cómo?”, pregunté. “Pues *filosofía del ajedrez*”, me respondió. “Espero que no sea eso”, pensé, “¡otra *filosofía de!*”. Oh, la vida es un tablero donde se enrocan los dogmáticos, y cosas así. Así que puse una velita a San Leibniz y recé: “Por favor, que sea un libro sobre ajedrez, así sería el libro más filosófico del mundo”. Era una oración tramposa ¡como todas! Yo ya conocía a Francisco José Fernández, un filósofo racionalista vasco (como su maestro Javier Echeverría) que se gana las habichuelas filosóficas, tal que todos nosotros, en esos pueblecitos de Andalucía. Hace tiempo que había leído *El descrédito de los quilates*¹ y *El filósofo del océano*², su riguroso libro sobre Leibniz del que publiqué una nota en esta misma revista³. Sabía que no me decepcionaría y así fue: en el libro que comentamos, el ajedrez no es una metáfora⁴ sino *el tema*.

Es, en verdad, un texto extraño, de una originalidad no muy corriente en la filosofía española. Ante todo es una especie de autobiografía ajedrecística. Fernández nos cuenta su relación vital con el juego, su desarrollo a lo largo de su vida, lecturas que hizo, partidas que ganó o perdió, jugadores con los que se midió (de algunos de los cuales traza sabrosos perfiles psicológicos), enseñanzas que basó en el juego, clubes y escuelas que fundó, historias, anécdotas y reflexiones de los grandes maestros, etc. Pasando, naturalmente, por Leibniz, Saussure, Wittgenstein, García Calvo, Poincaré y muchos otros. Es un libro sobre el aprendizaje, vemos al autor viviendo y aprendiendo el juego progresivamente. La filosofía, por así decir, se destila de la propia evolución de su vida y de su relación con el ajedrez; se ve claramente lo que de pensamiento hay en el juego. Un lector que sea simplemente filósofo disfrutará enormemente con él y, si además tiene inquietudes ajedrecísticas, lo encontrará magnífico porque los problemas se ejemplifican con muchos casos prácticos de partidas, jugadas por Fernández o por

ajedrecistas de postín. ¡Hay que leerlo con un tablero delante! Pero ¿qué hay de filosofía en el ajedrez? Yo, jugador menos que mediocre y poco entusiasta, siempre me lo he preguntado. Fernández comienza relacionando ajedrez y filosofía a través de uno de los viejos tópicos racionalistas: la vinculación entre saberes. Así dice “(...) me interesa el ajedrez porque veo en él un campo de estudio poco trabajado (a pesar de la inmensa bibliografía que lo tiene por protagonista), pero también porque hace que pueda practicar la filosofía tal y como la entiendo; es decir: como disciplina que relaciona saberes distintos, discurso encargado de justificar vínculos a primera vista intempestivos”⁵.

Desde mi punto de vista, uno de esos vínculos sería el que uniría la libertad con un sistema de reglas. Lo primero que llama la atención en el ajedrez es su estructura fuertemente reglamentada, con normas precisas y explícitamente definidas; una especie de sueño racionalista en el que no hay información privilegiada y “todo está a la vista, disponible para el entendimiento de los jugadores”⁶. Pero que un juego tenga reglas no hay que entenderlo en un sentido causal, ni mucho menos determinista, como *pautas para la sucesión de estados* a la manera cognitivista. No hay que confundir “reglas de constitución” con “reglas de aplicación”⁷. El meollo del ajedrez es el mismo de la entera racionalidad humana: *las reglas del juego no explican su desarrollo*. “Hay una cierta opacidad en el juego”, dice Fernández, “difícil de conjurar”⁸. Una de las claves está en el tiempo: cualquier jugador, y cualquier animal racional, sabe que no es lo mismo jugar hacia adelante que hacia atrás. El uso de la racionalidad está orientado hacia el futuro, se establecen fines pero, por más que haya reglas de movimiento, no está claro ni explicitable (“no hay forma de reducirlo a palabras”⁹) cuáles son los medios. Las reglas, diría un wittgensteiniano, son formas de vida. Y justo por eso, añadiría yo, vivir no es seguir reglas (¡ni enseñar es escribir una maldita programación, el reglamento pedagógico que tanto obsesiona a nuestros jefes!). Sin embargo, mientras el jugador siempre mira hacia adelante, el científico (especialmente los evolucionistas, cognitivistas y naturalistas de toda laya) mira hacia atrás, reconstruyendo los pasos que se dieron una vez que la partida ha terminado.

Fernández pone el caso de los ordenadores, máquinas a las que, cuando se empezó a utilizarlas como analogía de la racionalidad humana, lo primero que se hizo con ellas fue ponerlas a jugar al ajedrez (¡y lo hacen mejor que nadie!). En el momento en que los ordenadores analizan y evalúan sus propias partidas lo hacen de manera muy diferente partiendo de lo anterior a lo posterior que a la inversa, orientados hacia el futuro o hacia el pasado¹⁰. Es lo mismo que ocurre con la mecanización del razonamiento en inteligencia artificial: hay una diferencia sustancial entre un sistema que está actuando y uno que ya se ha detenido. Una vez que la partida ha terminado (y se implementan y deducen todos los pasos dados) no existe lo que en lógica informática se denomina *problema de la parada*, interrogante que, como demostró Alan Turing y sabe todo el mundo, es indecidible. En la vida racional ocurre eso: no sabemos cuál es la estrategia que hemos de utilizar en cualquier ámbito hasta que no la hemos aplicado con éxito ¡pero nada nos garantiza que tendremos éxito cuando la estamos aplicando! (es decir,

que encontraremos la solución y “pararemos”). Dicho de otro modo, mientras hay futuro hay incertidumbre.

Es recurrente, en principio, tratar el ajedrez a la manera un sistema formal axiomático, siendo los axiomas la posición inicial de las piezas y los teoremas su posición en el tablero¹¹ (aunque, como en todo sistema formal, las reglas pueden ser interpretadas como axiomas, siendo los teoremas las jugadas). Sin embargo, en la crítica de Moore a Wittgenstein, que Fernández analiza, se muestra que la cosa no es tan sencilla. Wittgenstein pensaba que “lo característico del ajedrez es la multiplicidad lógica de las piezas”. Pero las reglas, venía a decir Moore, sólo definen a las piezas en tanto que signos, ignoran la materialidad de su posición en el tablero¹². La consideración lógica del ajedrez se agota pronto, entre otras razones porque está al margen de la concreción del juego, como el hecho del tablero, y, sobre todo, el tiempo. La lógica es un sistema adelante-atrás, desconoce la temporalidad. Toda deducción necesita un *demonstrandum* previo, el objetivo al que queremos ir, parte del final. Hacer inferencias no es simplemente poner en funcionamiento el sistema de reglas, darle al botón para ver qué sale, hay que saber a dónde vamos a ir, reconstruir el proceso que nos llevaría a donde queremos llegar como si ya hubiéramos llegado. No se juega sólo con las reglas ni el mero conocimiento de las mismas nos convierte en buenos jugadores.

Jugar, diría yo, es ante todo *actuar*. La lógica es un sistema de reglas de funcionamiento, no de aplicación. Si introducimos la libertad estamos más cerca del ajedrez como sistema jurídico que como sistema meramente formal. Fernández también explora esa analogía pero no le da mucha cancha¹³. Los sistemas éticos, morales y jurídicos, sin embargo, contemplan la libertad como acción y sólo recurren a la lógica, las justificaciones, a posteriori. El pensamiento naturalista moderno, así el cognitivismo, lo fía todo al descubrimiento de las reglas de funcionamiento (por ejemplo, de nuestro cerebro) pero ignora la incertidumbre y el error que establece la temporalidad de la libertad. Por eso pensamos que el sistema, el hombre, que actúa incorrectamente es el que funciona erróneamente. Sin embargo, la acción se orienta hacia el futuro porque es temporal: mientras que las reglas las conocemos, las posibles jugadas sólo podemos imaginarlas. Y el verdadero problema de la libertad es que no tenemos reglas para establecer cuál es el *demonstrandum*.

Fernández, sin embargo, sí concede importancia al tiempo, hasta el punto que establece una tipología de jugadores de ajedrez, divididos en “sincrónicos” y “diacrónicos”. El análisis de esas categorías en una discusión entre Feynman y Poincaré, con Saussure de por medio, es de una gran profundidad y, desde mi punto de vista, de lo mejor del libro que nos ocupa. Todo ello ilustrado con ejemplos de partidas reales. A partir de ahí es cuando el autor se desencanta un poco de la filosofía y empieza a buscar respuestas en los textos de los propios ajedrecistas. Es justo el momento en que el libro se vuelve más interesante. Para mí ha sido un gran descubrimiento leer textos escritos por jugadores que reflexionan sobre sus procesos de actuación, llegando a ser, en palabras de Fernández, no “pobres pensadores que no piensan, sino magníficos

pensadores que metapiensan”. Lo más interesante es el antipsicologismo de casi todos esos maestros: más que centrados en los procesos mentales lo están en la verdad del juego¹⁴, son más normativistas que naturalistas. Auténticos filósofos.

Digamos, por último, que *El ajedrez de la filosofía* contiene muchas páginas dedicadas al ajedrez en la educación. Fernández tiene un amplio conocimiento del tema, narra en el libro algunas experiencias con alumnos, y lo defiende con bastante justicia. Educar es, de hecho, la conclusión del texto. No es esta breve nota el lugar para discutir una cuestión tan compleja pero merece la pena atenderla. Sin duda será mucho más útil el ajedrez que toda la moralina posmoderna que se ha instalado en las aulas. Entonces sí que seríamos, de verdad, *grandes maestros*.

Notas

¹ Francisco José Fernández y Jon Baltza, *El descrédito de los quilates*, Ed. Iralka, Irún 1999.

² Francisco José Fernández, *El filósofo del océano*, Ed. Iralka, Irún 1998.

³ V. José Antonio de la Rubia Guijarro, “Francisco José Fernández, el filósofo del océano”, *Alfa XV*, Diciembre 2004, pp. 297-299.

⁴ El autor rechaza el “uso o hiperbólico o esencialmente metafórico” del juego (v. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 72).

⁵ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 18.

⁶ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 51.

⁷ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 61.

⁸ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pp. 51-52.

⁹ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 54.

¹⁰ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pp. 56-57.

¹¹ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pág. 88.

¹² Nuestra exposición es, necesariamente, superficial. Sería conveniente que el lector se acercara al propio texto (pp. 81 y ss.).

¹³ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pp. 71-73.

¹⁴ V. F. J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía*, op. cit., pp. 180-181.